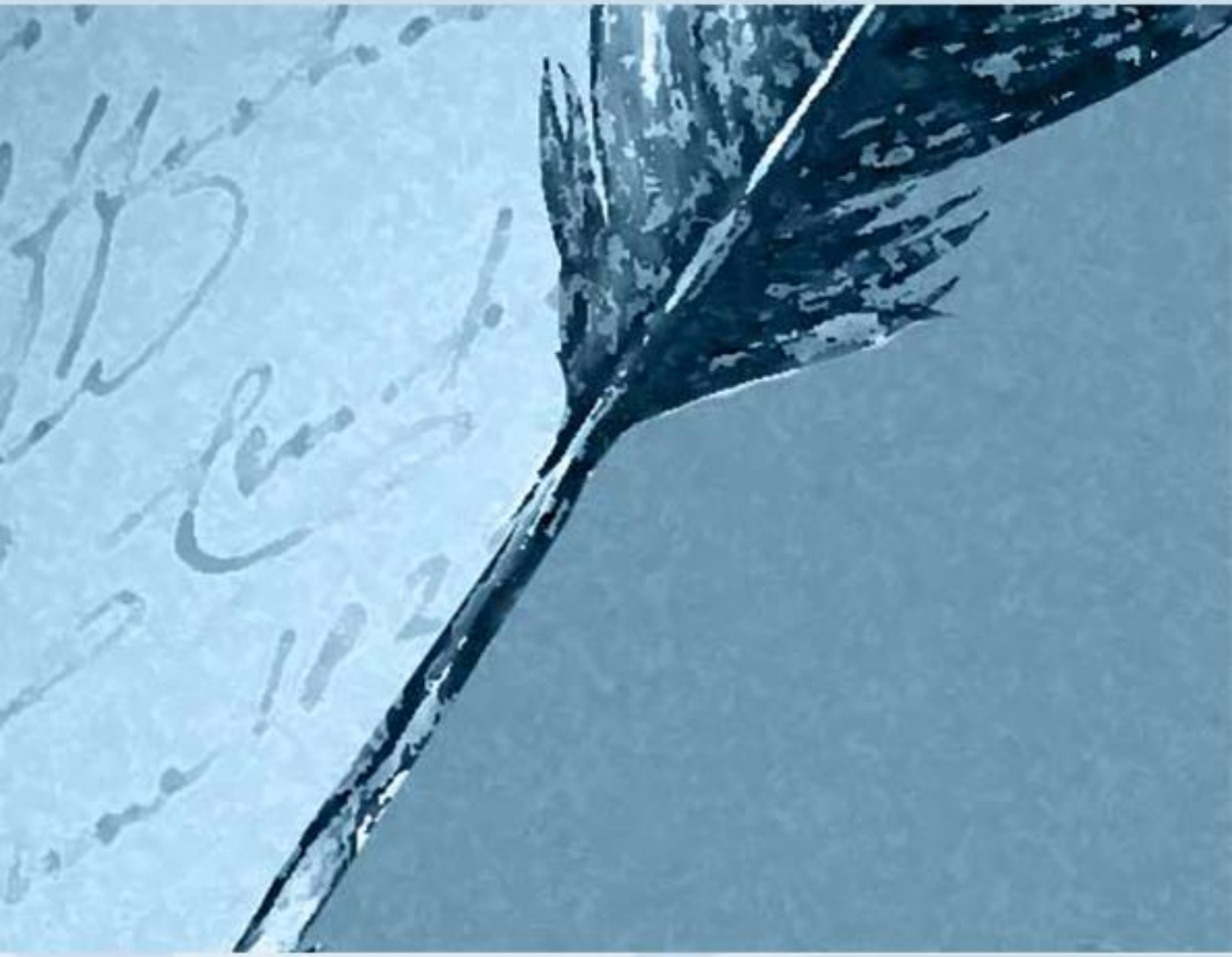
Mulder, Elisabeth

ANTOLOGÍA POÉTICA



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2023

Antología poética

de

Elisabeth Mulder

Nota preliminar.— Los poemas de esta antología están tomados de las respectivas primeras ediciones de sus libros. Al final de cada uno se indica la página o páginas de la edición correspondiente en la que puede localizarse.

ÍNDICE

Embrujamiento

Salutación al misterio
Nueva crisis
La Diosa Verde
Contraste
Dame de tu boca...
La araña
Bouquet galante
Un jardín encantado
El poeta del sol

La canción cristalina

Dedicatoria
A quien va a leerme
El canto azul
Tarde dorada
Plegaria lírica
Rima antigua, rima moderna
Cascada pequeña
La amiga del poeta
La fuente enferma
Viejo surtidor

Sinfonía en rojo

La máscara
El surco
El verso desnudo
El cauce
Renovación
Obstinación
Esperanza
Concentración
La calle de la Amargura
La hilandera

La hora emocionada

María del Dulce Nombre
Como una estrella
Una vara de nardos
Ceguera
Renacer
Mandamientos
Oración por el hijo
Credo
La dulce carga

Paisajes y meditaciones

Canto nuevo
Lluvia
El árbol y la colina
Culto interior
El momento infinito

Poemas mediterráneos

Nocturno quinto
Nocturno sexto
Siesta del paisaje
La isla
Canción de marinero en el día

Embrujamiento

(1927)

SALUTACIÓN AL MISTERIO

Viejo amigo Misterio, ¡bienvenido!
De nuevo tornas a estrechar mi mano,
de nuevo vienes a besar mi frente;
no te place el hallarte de mí ausente
y abandonas tu puesto en el Arcano
por compartir mi vida de demente.

Junto a mí te hallas ya, mi extraño amigo;
y la hora en que te encuentro la bendigo
pues trae un soplo de renovación.
La vida ya me hastiaba por lo insulsa,
tú eres mano sublime que me pulsa
como a una lira envejecida y rota,
arrancándome aún alguna nota
en que tiembla un sonido de emoción.

En la tarde de oro, lates y te dibujas
en el sombrío ambiente de mi huerto.
Se siente miedo a un «algo» imaginario...
Hablemos, dulce amigo, de las brujas
que husmean ya en el viejo campanario
porque muy pronto tocarán a muerto.

¡Triste silencio vespertino
que a este crepúsculo divino
aterciopela de quietud!

Solo se escucha a veces suspirar un piano,
y su canto no es canto, es un lamento
que se junta a la voz queda del viento,
en el acorde de la solitud.

Viejo amigo Misterio: hoy te es propicio
lo gris de este lugar, la tarde, la hora,
y mi calenturienta alma que llora
con nuevas ansias de desconocido.
Tú dominas en mí; tu maleficio
es lo único real en lo ficticio
de mi existencia (¡tormentoso piélago!).
Tú has sido mi pasión, tú mi delicia,

¡no me ha vencido nunca más caricia
que la de tu ala negra de murciélago!

Tus hijas maquiavélicas, las brujas,
fueron madrinas mías, y en la cuna
se bebieron mi sangre, roja, ardiente,
y en su lugar dejaron las burbujas
de un licor como lágrimas de luna,
translúcido, irreal, nunca caliente.
Mi ser no vive de vivir; ayuna
si una eterna emoción no lo alimenta,
y se consume, gime, se lamenta
cuando las ansias de sentir lo abrasan
incendiando cerebro y corazón.
Mis versos son mis nervios, que denotan
que hasta mis rimas exaltadas brotan
de un alma esclava de la vibración.

Bienvenido, Misterio, que sacudes
de mi vida la gris indiferencia.
Tu látigo azotando mi indolencia
fue siempre un despertar en mi existencia
y un soplo vigoroso de inquietud.
Mi vida es pintoresca. La demencia
y la razón batallan sin clemencia
por el derecho a hundir mi juventud.
¡Mas tú eres para mí toda la ciencia,
todo el poder y toda la virtud!

Tuya soy, oh Misterio, desde el día
que a través de las sombras me miraste
con ese tu mirar brujo que muerde.
Llevo en mí tu inquietud, tu hechicería,
desde la hora aquella en que fijaste
en mis pupilas tu mirada verde.
Yo soy como un cristal, como un espejo
donde se asoma a verse el infinito.
Una noche de horror me empañó un grito,
un aliento que vino del Arcano,
y desde entonces soy solo un reflejo,
sombra de sombras, un guiñapo humano
que lentamente cede y se derrumba.
Espero ya tan solo que una mano
mi espíritu liberte, abra mi tumba,

me redima del peso de mi cruz,
y acabando en la Tierra mi destino,
me deje compasiva en el camino
que conduce al reinado de la Luz...

(pp. 5-8)

NUEVA CRISIS

De nuevo esta angustia,
de nuevo esta pena
(que ha hecho amarga y mustia,
mi vida serena).

Un fuego me abrasa
implacablemente
(la crisis no pasa
ya tan prontamente).

Desprecio lo humano
por lo que es divino
(me atrae el arcano
del fin del camino).

De nuevo este anhelo
investigador
(y este desconsuelo
y este hondo dolor).

¡Vicio de soñar,
mi mágica droga!
(Lo mismo que amar
fascina y ahoga).

El velo de Isis
quiero levantar
(y una de estas crisis
me habrá de matar).

(pp. 41-42)

LA DIOSA VERDE

Princesa del abismo, terrible Diosa Verde,
¡ay de quien en tu reino embrujado se pierde
y cae bajo tus garras de perverso poder!
Tú ahogarás en su alma la bondad y el deber;
tú quemarás sus alas en tu implacable cirio
y sembrarás su mente de inquietud y delirio.
Sacudidas de espasmo y temblores de muerte
agitarán un cuerpo que era lozano y fuerte;
teñirás sus mejillas de enfermizo arrebol
y ganarás su alma, diablesa del Alcohol...

Paul Verlaine buceaba en los pozos del vicio
demandando al ajenjo el fatal beneficio
que calmase la angustia de sus míseros males.
¡Oh el «pobre Lelián» triste, romero de hospitales
que hizo un ardiente infierno de su existencia gris,
ante la indiferente mirada de París!
«Hay que estar ebrio siempre, de amor, virtud o vino»,
dijo aquel Baudelaire diabólico y divino.
«El prosaísmo mata, el prosaísmo pierde»
—pensaba— y se entregaba, loco, a la Diosa Verde.
Una ansiedad maligna, lacerante y mortal
minaba al jardinero de las «Flores del mal»
y conoció el martirio de la implacable sed
que ensombreció los días de Alfredo de Musset.
Poe fue un misterioso y alucinante bardo.
Buceando en lo astral se emborrachaba Edgardo
que solo en un infierno de alcohol pudo narrar
el escalofriante «caso de Valdemar».
En su obra terrible vive, palpita y brilla
el horror de esas negras horas de pesadilla
que tienen del Misterio un fatídico frío.
También la Diosa Verde besó a Rubén Darío.
Iba el alma inocente de aquel dulce poeta
en pos de ideales puros, hacia una hermosa meta
que una vez conseguida solo le brindó hiel.
¡Él supo lo que cuesta conseguir el laurel!
Era un buen niño grande, magnífico y doliente,
que rechazó indignado la estupidez ambiente,

y que se hundió en un caos de alcohólica Nirvana
buscando un lenitivo a la maldad humana.

Yo también sé de un bohemio que renunciará un día
a la excelsa batalla contra la Mezquindad. La dulce poesía
de su alma de escogido por siempre callará
y de su fuerte espíritu el ensueño huirá.
Tentáculos de monstruo sujetarán su cuerpo,
habrá locas visiones en su cerebro muerto,
sabrá del desvarío que atenaza y que muerde
¡y truncará su vida la abyecta Diosa Verde!

(pp. 43-45)

CONTRASTE

Tienes una irreal palidez eucarística;
blancura cual la tuya, creo que jamás vi:
tienes albor de nieve, de palomita mística;
azucenas y nardos han encarnado en ti.

Eres como un manojo de lirios ideales;
eres una magnolia de color estelar;
eres blanco vellón de corderos pascuales,
eres níveo alabastro, eres rayo lunar.

Pero aquesta sinfonía
toda en blanco, hastiaría,
llena de monotonía,
si un contraste seductor
no truncase su armonía.
Tú posees ese contraste
que le anima, que le alegra;
tienes tu alma, vida mía,
¡y es tan negra, negra, negra!

(pp. 59-60)

DAME DE TU BOCA...

Dame de tu boca la fresca fragancia;
dame de tus labios la fina arrogancia,
el mohín ambiguo y el dulce sabor.
¡Tu boca que pinta moderna elegancia
de un tenue rosado de rosa de Francia
que sabe a placeres, a besos y a amor!

Dame de tu boca la fiebre extenuante
que pone en tus labios un rictus galante
de audaces pasiones o amable indolencia.
¡Tu boca de extraña sonrisa inquietante
que tiene en su gesto bello e incitante
todas las locuras de la Decadencia!

Dame de tu boca el beso que mana
la miel de la dulce caricia pagana,
cáliz de la eterna voluptuosidad.
¡Boca de sinuosa perfección insana,
en cuya ardorosa llama cortesana
sonríe el demonio de la liviandad!

Dame de tu boca las frases divinas
que como un arrullo de aves cantarinas
fueron armonía en mi corazón.
¡Calla las palabras torpes y asesinas
que entre dos perversas miradas felinas
hicieron pedazos mi bella ilusión!

Dame de tu boca la dulce mentira
donde, confiada, mi musa se inspira,
bebiendo en tus labios un brujo licor.
¡Boca a cuyo antojo mi existencia gira
y en cuya belleza palpita y suspira
un hondo misterio de amor y dolor!

(pp. 63-64)

LA ARAÑA

Yo tengo una araña.
Camina despacio
por este palacio
de mi pensamiento.
Tengo una alimaña,
una enorme araña
que es mi sufrimiento.
La gente se extraña,
mirándome huraña.
Su burla inclemente
contesto con saña.
¡Sí, tengo una araña
dentro de la mente!
Se ha comido casi toda mi razón,
y ahora va camino de mi corazón.

Yo tengo una araña.
Sus patas son blancas,
de un blanco de nieve.
Sus ojos me miran
y su boca breve
me besa y me muerde.
¡Y me aterroriza su mirada verde!
Esta blanca araña
tiene un cuerpo suave,
y una voz humana,
melodiosa y grave.
Mi ser no se engaña.
¡Yo tengo una araña
que ya ha devorado toda mi razón,
y ahora va camino de mi corazón!

¡El pobre poeta!
—oigo que me dicen—
ha ido poco a poco,
con esa manía, volviéndose loco.
En su vida extraña
una blanca araña
ha creído ver,

y era la alimaña
¡solo una mujer!

(pp. 71-72)

BOUQUET GALANTE

Son los catorce nombres de mis catorce amadas,
en mi vida galante un poema de amor.
Lo comenzó María, la de manos nevadas,
lo continuó Carmela, la de labios en flor.

Gloria, Estrella, Teresa, lo ungieron de poesía;
Paz, Soledad y Aurora de fuego y de pasión.
La voz de María Engracia le dio su melodía,
los ojos de sor Marta su honda desolación.

Concha la visionaria y Matilde la histérica;
Piedad con sus escrúpulos y su virtud quimérica
le dieron al poema plenitud y madurez.

Mas al fin prisionero de una hembra despótica,
ya no puedo más lauros dar a la musa erótica
porque mi última amada se llama la Vejez...

(p. 81)

UN JARDÍN ENCANTADO

¡Un jardín encantado! ¡Un rincón perfumado,
un poco agreste, un poco solo y abandonado,
donde el cuerpo rendido pudiera reposar
y el alma nuevamente esperar y soñar
en la paz aromada del nocturno estival!
¡Oh, cómo yo amo en sueños mi jardín ideal!

Habría de tener grandes árboles viejos;
y un lago que del cielo copiase los reflejos;
y una artística fuente que cantase su pena
en la melancolía de la noche serena.
¡Oh, cómo amo las fuentes y este son cristalino
del agua que nos dice su relato divino!
Para mí ha sido siempre el mejor madrigal,
el que canta una fuente con su voz de cristal.

Mi jardín encantado tendría muchas rosas.
Formarían los rosales trenzas maravillosas
tejiendo entre los árboles un fragante sendero.
Y mi jardín sería igual que un pebetero.
La esencia de las rosas todo idealismo asume;
rosas de España y Francia darían su perfume
junto a las embriagantes rosas de Alejandría,
en mi jardín que fuera vergel de poesía.

Mi jardín encantado tendría estatuas bellas,
que bajo la celeste lumbre de las estrellas,
blanqueando entre el obscuro follaje de la umbría
prestasen una helénica nota de paganía.
Venus exhibiría su belleza inmortal
y las Gracias su gracia clara y primaveral.

Mi jardín encantado tendría un ruiseñor.
Un ruiseñor poeta, con su nido de amor
oculto entre el ramaje de la verde floresta.
Cuando el ruiseñor canta la noche está de fiesta,
porque tiene un espíritu exquisito y artista
y ama a ese portentoso vate madrigalista

que trunca el desconsuelo de su tristeza bruna,
rimando una sonata bajo el claro de luna.

¡Un jardín encantado! ¡Un rincón escondido
lejos de toda prosa, lejos de todo ruido!
Quisiera poseer el divino tesoro
de este jardín fragante que en mis sueños adoro;
y sentir mi destino a su misterio unido,
y como el ruiseñor formar en él mi nido...
¡Un jardín encantado! Un rincón silencioso
como un edén oculto, apacible y umbroso...
En él serían mis horas aladas y sutiles,
mis sentimientos puros y mis versos gentiles.
Habría como una inédita ilusión en mi alma,
y a mi inquietud morbosa sucedería una calma
que daría esperanza y dulzura a mi ser.
¡Y quizás viviría mi vida de mujer!

Un jardín encantado... ¡Con un lago, una fuente,
mármoles animados de una gracia riente,
y árboles y rosales, y con un ruiseñor
que cantase su eterna serenata de amor
con emoción intensa y con honda ternura,
borracho de idealismo, de ensueño y de locura!
Un jardín encantado, un paraíso sin fin...
¡Quién me diera el tesoro del silente jardín
donde pudiera un blanco sendero imaginar
y aprender nuevamente a vivir y a soñar!

(pp. 115-117)

EL POETA DEL SOL

Yo amé mucho en mis rimas, yo amé mucho en mis versos.
Me emborrachó la vida como un brujo licor,
y mis gritos rimados, sensualmente perversos,
eran una candente letanía de amor.

Viví en una constante lucha de sensaciones;
busqué en todas las cosas la flor de la emoción,
bordeé muchos abismos tras locas ilusiones
y ardí como una antorcha de fiebre y de pasión.

Fue un intenso lirismo mi pan de cada día;
comulgué en el divino sagrario del amor
y olvidé en el amable nido de mi poesía
muchos ratos amargos de fracaso y dolor.

Mi arte fue un arte ardiente y mi pluma flamígera;
escribí con la llama, con la brasa y el sol.
Si no fue mi simiente fecunda ni fructífera,
fue porque ya abrasada salió de mi crisol.

Palpitaba en mi espíritu una ansiedad infinita,
un anhelo inquietante, misterioso y triunfal.
¡Fue mi vida una hora fragante y exquisita
que cinceló mi mano buscando el ideal!

Luz, llama, brasa, fuego: mis temas favoritos.
Mis colores amados: oro, grana, arrebol.
Yo moriré abrasado por rayos infinitos,
¡como le corresponde al poeta del sol!

(pp. 129-130)

La canción cristalina

(1928)

DEDICATORIA

A las fuentes.
A las aguas rientes,
tristes, cascabeleras o balbucientes.

A la linfa sonora
que canta, ríe, llora,
y dice su balada o su dolora.

Al arrullo
de múltiple barullo.
Al perlado murmullo

de excelsa poesía.
A su melancolía,
su risa y su ironía.

Al clamor de cristal,
al eco musical,
a la voz ideal.

Al claro hilo de plata
que dice su fermata
y su dulce sonata
que en Arte nos adiestra.
A la obra maestra
de la Divina diestra.

A las fuentes. Con
todo mi corazón
y toda mi emoción...

(pp. 5-6)

A QUIEN VA A LEERME

Un libro mío pongo en tu mano;
Cuídalo, artista, cuídalo, hermano,
que es una perla de mi joyel.
Es defectuosa mas sé indulgente;
valor no tiene, no tiene oriente
pues no merezco ceñir laurel.

Y esto te ofrezco trazo por trazo,
del alma mía vivo pedazo
que entre tus manos quiere latir.
Que tu desprecio no sea inhumano,
cuídalo artista, cuídalo hermano,
que es un destello de mi sentir.

Es como un hijo que yo te entrego.
Va el pobrecillo confiado y ciego
por la ironía, por la impiedad.
Al partir dije con emoción:
¡Que llegue al templo de un corazón!
No tiene otra finalidad.

Que es desmedrado no te lo niego;
pero es un hijo que yo te entrego
y que a tu encuentro cantando va.
Lo que está escrito vale bien poco,
mas lo que en sueños sintió ese loco
corazón mío, muy bien está.

Es la ternura y es la emoción
lo que ha querido ser mi canción
tan rumorosa, tan parlanchina.
No es este libro rico ni ufano,
mas no le hieras. ¡Cuídalo, hermano,
por su humildosa voz cristalina!

Un verso, aun malo, siempre es sublime.
Habla de un alma que se redime,
que del abismo vuela al montículo.
¡Mas qué difícil es expresarse

y cómo cuesta poder zafarse
del cruel fracaso, del cruel ridículo!

Mira este libro: poquita cosa;
algo de mi alma que temblorosa
tus justas iras teme sufrir.
Mas que mi esfuerzo no sea en vano;
cuídalo, artista, cuídalo, hermano,
que es un destello de mi sentir.

Si fuera fuerte, si fuera hermoso, si fuera sano,
quizás no fuese tan mío, hermano,
que es cosa frágil mi poesía.
Ya está en tu mano, ya está a tu vista...
¡Cuídalo, hermano, cuídalo, artista,
que es un pedazo del alma mía!

(pp. 7-8)

EL CANTO AZUL

Dulce fontana soñadora,
di tu lirismo en esta hora
de realismo y de bajeza.
Nuestra Señora de la Belleza,
tu canto azul de ensueño entona.
¡Canta tu música, Madona
de la Harmonía y la Pureza!

Dulce y magnífica señora,
con tu lirismo rememora
otro vivir más claro y bello,
lleno de un poético destello.
¿Dónde está ahora la poesía?
Se fue, pasó, pues hoy en día
no se comprende la emoción
de hacer sentir al corazón.

Solo tú cantas todavía,
y hay en tu amable melodía
fuerza y empuje triunfal
porque tu canto es inmortal.
En el jardín o en la calleja,
resuene el grito de tu queja
o el repicar de tu alegría.
Tú eres la vieja poesía
que canta alada y musical,
toda vestida de ideal.

Tú eres la cántiga celeste,
y ya en abrupta cumbre agreste
adonde asciende el peregrino,
en el palacio, en el camino
o en algún parque solitario,
nunca se apaga tu incensario
ni el resplandor de tu linterna.
¡Porque tu música es eterna!

Tú eres la pálida vestal
que guarda intacta la inmortal
fogata de la poesía,

y da la miel y la ambrosía
en sus palabras de cristal.
¡Tú eres la pálida vestal!

Tú eres la blanca damisela
que canta, llora, sueña, anhela,
sin «pose», ni estilo, ni artificio,
con santo horror a lo ficticio.

Tú eres el canto azul, que aroma
valle y jardín, sendero y loma;
tú con cantar perlado escancias
el néctar fresco y las fragancias
que van temblando de emoción
hasta el humano corazón,
do cae tu miel dulce y dorada
como en un ánfora sagrada.

Tú eres la ninfa toda blanca.
La que corría sobre el anca
de los cuadrúpedos raptores,
ágiles, voluptuosos, luchadores.
Tus frescos labios fueron lauros
para el tropel de los centauros
de fuertes brazos triunfadores.

Tú eres la musa; todas y una;
múltiple y sola; blanca y bruna
(dulce palor, ébano fiero),
blanca y frágil en Homero
y obscura y fuerte en Salomón.

La que en Virgilio fue campestre
y fue en el gran Ricardo ecuestre,
cuando pasar vio atronadoras
a las walkyrias triunfadoras
(armas lucientes como plata),
en imponente cabalgata.

La que en España fue manola
llena de sal, como una ola;
y en el locuaz París de ayer
una heroína de Murguer.

¡La Poesía! La que llena
a un alma grande, excelsa y buena
de vibraciones y ternura.
La que compensa la amargura
de este vacío de ilusiones
y da sus alas de canciones
para que el alma pueda huir
de las angustias del vivir
y olvide un poco la miseria
triste y vulgar de la materia.

Es la fontana todavía
fuente también de poesía.
Para quien sepa comprenderla
es una rima cada perla
que se desprende, por cantar,
del glauco y líquido collar.
Mas es poesía de otro tiempo,
todo idealismo y sentimiento.
Canta con todo el corazón,
dice el amor y la emoción
con musical delicadeza;
no versifica «de cabeza»,
porque borracha de idealismos
no entiende nada de guarismos.

¡Salud, fontana!
¡Poema vivo,
sonoro archivo
de melodía!
¡Salud, encantadora!
¡Que tu grandeza
sea corona
de los poetas,
pues los abona
de poesía
y de nobleza!
¡Salud, Madona
de la Harmonía
y la Pureza!
¡Mi alma te adora,

Nuestra Señora
de la Belleza!

(pp. 9-13)

TARDE DORADA

Tarde dorada,
divino atardecer,
suave hora perfumada,
grata para querer.

Romanza sin palabras
del instante gentil.
¡Oh, dulce hora que labras
los ensueños de abril!

Ambiente limpio y terso,
propicio y seductor
para escuchar un verso
y embriagarse de amor.

El verso ya lo escucho:
me viene a acariciar
la voz del agua; no ha mucho
que empezó a recitar.

Y dijo una balada
dulce y sentimental
con su lira encantada
y su voz de cristal.

Cada verso fluía
con un hondo fervor;
cada gota caía
con alado temblor.

¡Oh, poema musical,
que la fuente desgrana
con su voz de cristal
bajo el cielo de llama!

Bajo el purpúreo raso
de la hora incendiada
y a la luz del ocaso
me dice su balada.

El amor ya lo siento:
cada nota que fluye
es un dulce lamento
y una sombra que huye.

El amor ya me apresa;
cada arpegio es delicia:
una boca que besa
y un mirar que acaricia.

¡Es el amor que pasa
y del tedio redime
con sus ojos de brasa,
con su boca que oprime!

¡Qué bien la fuente imita
con su son triunfador,
la música exquisita
y los besos de amor!

(pp. 42-43)

PLEGARIA LÍRICA

Jardinero, Jardinero,
del celeste jazminero,
no descuides mi jardín,
donde canta una fontana
el miserere o el hosanna
con su voz de serafín.

Jardinero, Jardinero,
que hasta al rosal del sendero
proteges con santo amor,
cuida mi huerta lozana
donde canta la fontana
con un lírico fervor.

Oh, glorioso Jardinero
que cultivas con esmero
nuestro mundo y el confín
misterioso e infinito,
por tu dulce amor bendito
¡no descuides mi jardín!

RIMA ANTIGUA, RIMA MODERNA

Canta, fontana, tu rima eterna,
que es siempre antigua, siempre moderna,
y tiene fuerza de exaltación.
Canta, fontana, tu vieja rima
que es siempre nueva. ¡Que ella redima
de mezquindades el corazón!

Canta, fontana, tu rima fútil,
tu rima bella, tu rima inútil,
que hace derroche de fantasía
y es un tesoro de altos placeres,
de intensos goces, de hondos quereres
resplandecientes de poesía.

Teje la tela maravillosa
de los alados sueños de rosa
que apenas nadie si sueña ya.
¡Prende la antorcha de la quimera,
que de sus llamas huye la fiera
de la grisácea mediocridad!

Canta tu rima; canta, fontana,
tu canción sacra, porque es tu hosanna,
himno triunfante de tu lirismo.
Y siempre antigua, siempre moderna,
que bese, amante, tu rima eterna
los tristes yermos del prosaísmo.

(p. 54)

CASCADA PEQUEÑA

Cascada pequeña
sedeña
madeja tan blanca, tan fría;
cascada pequeña,
risueña
sarta de rutilante pedrería.

Crespa cabellera,
ramaje de plata,
collar que desata
sus perlas acuosas
como blancas rosas
de la primavera.

Puñado de encaje
que sacude el aire;
nieve que al desgaire
blanquea el paisaje.

Vestido de novia
que orea la brisa
que a besarlo sube;
fulgor de sonrisa,
girón de una nube.

Manojo de lirios
de las oraciones;
angélicos cirios
de las comuniones.

Rocío de azucenas,
luz que se despeña
de estrella remota.
Así, gota a gota
(lágrimas serenas,
lluvia marfileña,
blancor de virtud),

te desbordas tú,
cascada pequeña.

(pp. 55-56)

LA AMIGA DEL POETA

¡Amiga del poeta! Te creó su fantasía
haciéndote una amada palpitante y sensual.
Y te entregó el milagro de su ardiente poesía,
de su jardín de versos el más rojo rosal.

Por ti, amantes sonaron las cuerdas de su lira
y el cantar del poeta se juntó a tu canción
en un dúo amoroso que solloza o suspira
con un trémulo leve de infinita pasión.

Tú vives y palpitas dentro su pensamiento
como una sombra vaga, subyugante y divina.
Te vio su fantasía realizando el portento
de darte forma grácil, fragante y femenina.

Fontana fascinante, que crece y se agiganta
en el numen febril de un poeta visionario.
¡Canta, musa hechicera y obsesionante, canta,
desgranando las cuentas del lírico rosario!

Amante imaginaria, fantástica y quimérica,
rompe todas las trabas, salta todos los vetos,
y que el caudal oculto de tu almita esotérica
se desborde en canciones, se desborde en sonetos.

El poeta también canta; junta a la de él tu voz,
amiga del poeta, y aprende su lirismo
que es látigo certero, incansable y feroz,
castigador excelso del negro prosaísmo.

Divina inspiradora de sueños y de versos;
en los míseros días, en los días adversos
musa consoladora, radiante y amorosa.
Amiga del poeta, por quien vive su lira
que te ensalza, te canta, te idolatra y te admira
como a una Mimí ardiente, dulce y tuberculosa.

(pp. 62-63)

LA FUENTE ENFERMA

La fuente está muda y ciega.
El chorro de sus aguas parlanchinas
se calló de repente;
unas manos cortaron
la corriente parlera,
cegaron la salida
por donde estallaba el gozo
de su sarta de perlas,
y una señal pintaron en el bronce
que quería decir:
¡es una fuente enferma!
Cuando ofendidas manos
cortaron la corriente envenenada
que un gran peligro para el pueblo era,
los últimos raudales de aquel agua
tiñéronse de púrpura violenta.
¿Porque el sol en su ocaso la besaba
en tierna despedida?
¿Porque un rojizo rayo ensangrentado
se hundió en la linfa enferma?
¡No, no! ¡Qué enrojecía
de pena y de vergüenza!
La fuente está muda y ciega
y el chorro de sus aguas parlanchinas
sus baladas de ensueño ya no cuenta.
Pero viene el espíritu del agua
a sollozar donde antes estuviera,
y cuando el aire gime
y azota la tormenta
se oye una triste voz
que así se queja,
igual que un alma en pena:

«La culpa no fue mía;
yo entregaba
mi sangre alegremente;
yo daba el regocijo y la salud
de esta potente sangre que brillaba

como chorro de luz.
Y de repente, un día, unos microbios
envenenaron mi corriente buena.
Yo no tengo la culpa de haber contaminado
unas fiebres perversas.
Yo no quise matar a los que iban
a refrescar sus labios
en mis venas.
Era una fuente honrada;
solo daba
frescura y lozanía,
y temblaba de gozo
cuando alguien
el ardor de su boca apaciguaba
en mi corriente pura.
Yo no quise matar
los pobres niños
que la muerte bebiéronse en mis linfas.
Era una fuente honrada,
que brindaba
cantando la salud y la alegría.
Los malditos microbios
que vinieron —no sé de dónde—
a emponzoñar la albura
de mis arterias limpias,
hicieron de verdugo, cierto, cierto,
¿pero fue culpa mía?
La desgracia cebose en mi contento
y el trágico dolor cortó mi risa.
Ahora todos reniegan de la fuente
que mató con sus aguas cristalinas.
Yo no tengo la culpa; fue el destino:
de fecunda trocome en homicida.
Si fue fatalidad, ¿por qué maldicen
a la fontana enferma
que tan solo la vida quiso dar?
¡Que maldigan al Sino, que es quien manda
a cada cual su acíbar y su menta!
Fue una desgracia que torció mi ruta,
pues yo era sana y buena
y de repente
me convertí en maligna y en enferma.

Fue solo una desgracia... una desgracia...
¡lo que ocurre a cualquiera!»

Oyendo así al espíritu del agua,
pienso que soy como la fuente enferma,
pues si causé algún mal, me lo reprochan,
y del bien que sembré ¡nadie se acuerda!

(pp. 64-67)

VIEJO SURTIDOR

Viejo surtidor que cantas
en la calma de un jardín
y en tu retiro florido
escondido
entre un rosal y un jazmín,
pones un timbre de plata
al rimar tu serenata
en tu invisible violín.
Viejo surtidor poeta,
en el jardín solitario
tu rosario
de armonías musicales,
urde un bendito poema
donde quema
la eterna llama sagrada
de los nobles ideales.
Viejo surtidor galante,
tu insinuante
melodía caprichosa,
pone un ritmo acariciante
a la vida silenciosa
del jardín abandonado,
y cual con pánica flauta
das la pauta
a tu florido reinado.
Viejo surtidor, tu canto
tiene en el atardecer
de mujer
la voz armoniosa y cálida;
y es cual una
dulce sinfonía sensual
cuando acompaña la luna
tu poema musical.
Viejo surtidor, patriarca
del solitario jardín,
tú que no das al olvido
el sonido,
el ritmo y la poesía,
préstame tu melodía
y enriqueceré mi arca

de poeta modernista
(nervios, fuego, ambigüedad),
con tus caudales de artista.
¡Da a mi numen futurista
un soplo de antigüedad!

(pp. 93-94)

Sinfonía en rojo

(1929)

LA MÁSCARA

Mi rostro, mi sonrisa,
mi calma, las palabras
moderadas que digo,
¡no soy yo, no soy yo!
Las horas de mis días,
impávidas y diáfanas,
¡no soy yo, no soy yo!
La mano que cansina
cae al largo del cuerpo;
la testa que se dobla
con falsa humillación;
el acento sin fibra,
¡no soy yo, no soy yo!
El gesto que se inicia
displicente y cansado,
la mirada impasible,
sin alma y sin fulgor,
la voz que suple al grito,
¡no soy yo, no soy yo!
Mis versos, que yo escribo
con nervios y con sangre;
mis versos, que yo siento,
mis versos, que yo vivo,
mis versos, que me arañan
espíritu y razón
como zarpas agudas,
y en la mente me estallan
y como lava hirviente
caen en mi corazón;
mis versos, carne oculta,
latido multiforme,
médula, fibra máter
de mi vida interior,
mis versos... ¡solo en ellos,
solo en ellos soy yo!

(pp. 20-21)

EL SURCO

Yo soy el surco. La simiente
la da el amor, la da el dolor.
Hay mil vidas en estado latente
en mi extraño y obscuro interior.

Llantos son lluvias: las recojo.
Dolor es sol: que yo lo beba.
¿Qué flor daré, qué lirio rojo
de las entrañas de mi gleba?

¿Qué orquídea negra o qué dorada
espiga se halla conmigo?
¿Qué vida fatal y sagrada
de orquídea, o de lirio o de trigo?

Yo soy el surco. Dejaré
que germine toda simiente
en el arcano de mi fe
y el laberinto de mi mente.

El surco soy; fecundaré.
Mi savia daré a la siembra.
Mi propia carne le daré,
igual que un ser que se desmiembra.

Y al arrancarme la cosecha
me sentiré una creadora
y aun sonreiré, si por la brecha
toda mi vida se evapora...

(pp. 47-48)

EL VERSO DESNUDO

Lo escribí con sangre: tómalo sangriento.
Lo escribí con llanto: toma su lamento.
Lo escribí angustiada: toma su inquietud;
Tal como ha nacido lo recibes tú.

Lo escribí con cantos: te lo doy así.
Lo escribí con fuego: toma este rubí.
Lo escribí con rabia: te ofrezco esta ira;
sin apaciguarla te la muestro: mira.

Lo escribí queriendo: tómalo amoroso.
Lo urdí aborreciendo: tenlo rencoroso.
Lo escribí gozando: tómalo riente.
Lo escribí penando: tómalo doliente.

Te lo ofrezco ingenuo, te lo doy desnudo,
con su sentimiento primitivo y rudo.
¡Nada de cendales! Aún no se vistió;
todavía mi pluma no lo corrigió.
Te lo doy con toda su ruda emoción,
recién arrancado de mi corazón.

EL CAUCE

El cauce soy; el inmutable
cauce, duro y fijo,
por donde pasa la caricia inestable
de la inquieta corriente que dirijo.

Yo no me muevo, pero ella
corre y salta por mí;
soy sombra, y ella la estrella
o el fulgor de zafiro o de rubí,

o el haz de sol
o el destello de aurora:
el cálido arrebol
que me enciende o me dora.

Yo soy la vena henchida,
el recipiente pleno
de una fuerza de vida;
soy el sagrado seno

donde germina una
misteriosa semilla;
soy el vientre y la cuna,
el ánfora y la arquilla.

Cara al cielo, me canso
de soñar y soñar
mientras que mi remanso
se precipita al mar.

Quiero que vaya así:
libre y triunfador,
conducido por mí
al placer o al dolor.

Soy el cauce, la calma,
la inmóvil existencia,
pero el río es mi alma,
mi turbulenta esencia

y mi incierto matiz:
de mi truncada vida
es la fuerte raíz
que busca una salida.

Frasco colmado,
si rebosa el licor de mis ideales
inundo valle y prado
y cármenes y eriales.

Mi existencia no aborda
los caminos zahareños,
¡mas se sale de madre y se desborda
la impetuosa corriente de mis sueños!

(pp. 71-72)

RENOVACIÓN

Tú que vas por la Tierra, peregrino,
ama el encanto de la renovación;
no seas como la roca, no seas como el pino
que apenas saben de transformación,

que nada saben del cambiar eterno
que todo ignoran del variar constante.
¡Feliz aquel que puede ser infierno
y otro día un paraíso fascinante!

Sé cual la mariposa: Sé gusano
y luego sé crisálida; y luego
policromado insecto en el verano,
con las olas de noche, o de perla o de fuego.

Cambia, desdícete, transfórmate y varía.
Que se encuentre en tu espíritu el negro y el azur.
De los climas del norte ten la melancolía
y todo el colorido luminoso del sur.

Detesta el molde único, la norma y la rutina;
aborrece el sayal del estilo y la escuela.
Por todos los senderos diferentes camina;
sé reptil, y de pronto, como un águila vuela.

Peregrino, renuévate. ¿Qué delicia mayor
que ser río y estrella, ser espina y ser flor?

(pp. 92-93)

OBSTINACIÓN

Siempre adelante por el camino,
por la reseca ruta de piedra,
aguijoneada por cada espino
y estrangulada por cada hiedra.
Pero mi vida sigue su sino:
nada la tuerce, nada la arredra.

Siempre adelante por negra vía,
por la inclemente ruta de abrojo,
bebo el acíbar de la agonía
rota y deshecha como un despojo.
Pero no entrego la vida mía:
mi corazón está vivo y rojo.

Siempre adelante por el desierto,
un sol de infierno me calcinó.
Si encontré un árbol estaba muerto,
si hallé una rosa se marchitó.
Pero mi vida que iba hacia un puerto
de bienandanza, no sucumbió.

Si aún no he llegado, sigo la ruta
porque está escrito que llegaré,
bebiendo a tragos hiel y cicuta,
sin más aliento que el de mi fe.
Pero el triunfo será la fruta:
cuando madure la cogeré.

(pp. 102-103)

ESPERANZA

Me sentaré a la orilla de este río
y junto al agua pura esperaré,
entregado a la calma mi albedrío
y encendida la antorcha de mi fe.

Sé que el día vendrá; el día bueno
y la mañana de resurrección,
como el antídoto de un veneno
que salve a mi corazón.

Esperaré el milagro; la divina
transformación de la penumbra en luz.
Aguardaré a que nazca la mañana

y a la orilla de esta agua cristalina
trocaré en palma la pesada cruz
y el miserere en triunfal hosanna...

(p. 105)

CONCENTRACIÓN

Ven despacio, ven a mí
porque sí;
ven a mi vida, ilusión,
sin razón.

No me des
ni fundamento ni base,
pues ya ves
que no quiero razonar
cada fase
de mi múltiple vibrar.

Ven, y dame
algo vago como una
leve caricia de luna
que me inflame.
Emoción,
penetra en mi corazón
pero sin causa ninguna.

Yo misma he de ser quimera;
yo quiero que se halle en mí
el matiz, bien definido;
quiero ser como un rubí:
que no me venga de afuera
mi valiente colorido:
que mi tonalidad extraña
esté en mí
y no en la luz que me baña.

(pp. 107-108)

LA CALLE DE LA AMARGURA

Calle de la Amargura,
funesta vía
de la desesperanza,
de la agonía.
Negro camino,
trágica ruta
sembrada de zarzales
y de cicuta.
Va el peregrino
extenuado y sangrando
por el sendero;
marcha el triste cargado
con el madero
de su destino.
Ni una flor,
ni una nota de poesía
y de color
en la ruta de polvo, de pedregal.
Ni una fuente que rime
su sinfonía
ni un pájaro que trine
su madrigal.
Yermo, desierto, páramo,
dolor eterno,
torturante paisaje,
visión de infierno.
Calle de la Amargura,
funesta vía
de la desesperanza,
de la agonía.
Eres sombra agorera
que nos arredra
y mano traicionera
que oprime el pecho...
¡Yo te conozco toda,
piedra por piedra,
porque te he recorrido
trecho por trecho!

(pp. 146-147)

LA HILANDERA

Hilandera,
de quimera,
tejedora de ilusión,
urdo mi paño precioso
con el hilo doloroso
de mi propio corazón.

Huyen rápidos mis días
y de su monotonía
mi vida no se desvela,
esclava de la obsesión
de dar mayor perfección
al prodigio
de mi tela.

No me canso de tejer.
Hallo un extraño placer
en urdir
el cendal maravilloso
del vivir
con el hilo doloroso
de mi propio corazón.

Esclava de la emoción,
sierva de la vibración,
voy tejiendo, voy tejiendo,
y según va apareciendo
en brocado, voy muriendo,
enferma de extenuación.

Cuando se llegue a romper
mi brocado portentoso,
¿quién habrá de suponer
al verlo sin galardón,
viejo, deshecho y lustroso
que yo lo llegué a tejer
con el hilo doloroso
de mi propio corazón?

(pp. 155-156)

La hora emocionada

(1931)

MARÍA DEL DULCE NOMBRE

María del Dulce Nombre,
tu nombre como un rocío
cae en mi alma. ¡Que alfombre
de rosas el yermo mío!

¡Oh, divina proveedora
de fragancias y de mieles!
¡Linda maga bienhechora,
de ojos diáfanos y fieles!

Maravillosa María,
si acaso te llamo un día
mi premura no te asombre:

habrá en mí tanta amargura
que anhelaré tu dulzura,
María del Dulce Nombre.

(p. 34)

COMO UNA ESTRELLA

Como una estrella te vi
por vez primera; radiante,
magnífica y rutilante
como un estelar diamante
a quien el alma rendí.

Fuiste estrella para mí
y un rayito de tu luz
pudo rasgar el capuz
de mi noche y de mi cruz,
mas, ¡oh, ingrata!, no fue así...

Como una estrella te vi,
lejana e inaccesible.
En mi existencia penible
quise amar un imposible
y me enamoré de ti.

¡Oh, mi estrella!
Mariposa
luminosa,
blanca rosa
pasional,
en el lodo
de mi prosa
tú eres verso,
tú eres glosa,
tú eres todo
el ideal!

(pp. 46-47)

UNA VARA DE NARDOS

Una vara de nardos
eres tú;
así es tu palidez
y tu fragancia.
En plena juventud
eres tú
una vara de nardos.
Así es tu languidez
y tu elegancia.
Una vara de nardos;
una pequeña palma
cimbreante,
ondulante.
Una vara de nardos...
¡Pero tienes el alma
como deben tenerla los leopardos!

(p. 98)

CEGUERA

Señor, yo no pensaba que viviría así.
Señor, yo deseaba estar cerca de ti.
Perdóname, Señor, por haberme apartado
del camino de luz que me habías trazado
en días en que mi alma blanca y celeste era.
¡Yo nunca sospeché vivir de esta manera!
Creí que siempre iría, sumisa a tu palabra,
por el solo camino que tu alba mano labra.
Por la ruta que tiene aún tu huella divina,
¡por la única senda que tu luz ilumina!
Mas un día Dulzura y Humildad se perdieron
y Soberbia y Orgullo en su lugar nacieron;
sus profundas raíces echaron en mi vida,
y aquí estoy yo, Señor, por su fuerza vencida.
El ser a quien Tú amabas porque era dulce y suave,
se rebeló de pronto y voló como un ave.
Por ser como antes era, ¿qué es lo que no daría?
Perdóname, Señor, ¡no supe lo que hacía!
Es mejor doblegarse a tu mandato santo;
mejor que rebeldía es sufrimiento y llanto.
Yo no pensé al gritar: «¡No, mi alma no se humilla!»
que a quien te abofeteó diste la otra mejilla,
Tú, la Esencia Divina, misterioso destello
de lo más elevado, lo más puro y más bello.
Señor, yo no quería apartarme de ti
pero en un laberinto de orgullo me perdí.
Me cegó la soberbia, la altivez traicionera,
¡pero yo no quería vivir de esta manera!
Y vuelvo a ti mi vida, y vuelvo a ti mis ojos,
con el alma transida, con el alma de hinojos,
con el alma marchita como una roja rosa
triste y martirizada, exhausta y pesarosa.
Perdóname, si ciega de tu luz me he apartado,
y ayúdame, Señor, a volver a tu lado.
¡Te juro que no más he de perder la vista
por mi fe de cristiana y por mi alma de artista!

(pp. 124-125)

RENACER

¡Ah, qué gusto poder nacer de nuevo
a la luz sonriente de esta mañana clara!
¡Qué gusto destruir la simiente que llevo
de afán inquieto y de existencia rara

y fundirme lo mismo que la nieve
de una cumbre muy alta,
y bajar hasta el llano, alegre y leve,
transformada en la linfa que lo esmalta!

¡Qué gusto no ser ya raíz escueta,
dura y saviosa;
sino ser un botón de primavera
en promesa de rosa;
ser un germen cualquiera
—esperanza incipiente de una hora—
en la virginidad de alguna aurora!

¡Qué gusto ser un punto de partida,
comienzo, iniciación, principio, célula;
ser una fruta verde del huerto de la vida,
tener las alas tersas cual las de una libélula!

¡Ser la yema que estalla, el capullo
que rompe su capuz y se subleva!
¡Qué gusto ser arrullo
en la tibia garganta de un pájaro que sueña;
ser la primera brizna que el primer huracán besa y se lleva!
¡Qué gusto ser pequeña,
pequeña, humilde, temblorosa... y nueva!

(pp. 128-129)

MANDAMIENTOS

Vivir
todas las horas apasionadamente,
intensamente.
No ser
ni cobarde ni avara
de nada.
Sufrir
y sentir
plenamente.
Ni el dolor ni el placer
rechazar.
No negar.
No huir.
Y amar...

(p. 139)

ORACIÓN POR EL HIJO

¡Tú ves cómo lo cuido! ¡Tú ves cómo lo quiero!
Ya que Tú me lo diste, que sea para bien.
Que nunca encuentre espinas ni cruz en su sendero
y que viva en el mundo igual que en un edén.

Que no ensombrezca el llanto el azul de sus ojos;
que no crispe el dolor su boca chiquitina;
que vaya por la ruta sin zarzales ni abrojos
y que siempre lo guíe tu palabra divina.

Que sus frescas sonrisas toda la vida duren;
que por él Paz, Amor y Alegría fructifiquen;
¡Que no me lo lastimen, que no me lo torturen,
que en la cruz de la vida no me lo crucifiquen!

Es carne de mi carne. Por eso si tu diestra
tiene que castigarnos, justiciera y cruel,
que en mí caiga con fuerza, que yo iré a la palestra...
¡pero que sea tu mano de seda para él!

Es carne de mi carne. Por eso si precisa
por tu voluntad santa partir hacia el suplicio,
que él huya libre y solo, que escape cual la brisa,
y yo iré por los dos contenta al sacrificio.

No le des a beber tu copa de amargura,
Señor, como quisiste ofrecérmela a mí.
Por pensar que le ahorraba a él la misma tortura
¡Tú viste con qué ansiosa prisa me la bebí!

Que no me lo lastimen, que no me lo arrebaten,
Señor, yo te lo pido de hinojos, implorante.
Es carne de mi carne. ¡Que no me lo maltraten,
que no sea algún día un guiñapo sangrante!

¡Tú ves como lo cuido! ¡Tú ves como lo quiero!
Señor, si me lo diste, que sea para bien.

Que nunca encuentre espinas ni cruz en su sendero
y que viva en el mundo igual que en un edén.

Y que Tú lo protejas. Ahora y siempre, amén.

(pp. 154-155)

CREDO

Porque tu gracia es pura,
creo en tu gracia, flor;
y en la tuya, celeste criatura
de amor.
Creo en tu fortaleza,
árbol potente,
y creo en tu belleza
¡oh, Madona doliente!
y en la suave tristeza
que te nimba la frente.
Hombre, yo creo en tu honradez
y en el duro trabajo de tu mano
y en tu mente que crea
día tras día por el bien humano
con el resplandor vivo de la idea.
También creo en ti, gusano.
Creo en la estrella
como creo en el lodo,
porque todo destella,
porque todo ilumina
a su modo.
Y porque creo en su doctrina
creo en Dios ante todo.
Creo en el agua cristalina
y en la alta roca enhiesta;
y en la mañana campesina
y en la noche de fiesta
galante.
Creo en la espina
y creo en el diamante.
Creo en ti, serpiente de ponzoña llena,
y en ti, maléfica sirena
sensual;
y en ti, abeja de néctar borracha;
y en ti, pobre muchacha
sentimental.
Abismo, creo en ti.
Mar, en ti creo.
Y en ti, dolor que abundas;
y en ti, risa que todo lo fecundas.

Aire, aunque ni te palpo ni te veo
creo en ti, pues me circundas,
creo en ti, pues te deseo.
Zarzal, yo creo en ti.
Y en ti, soleado
fruto maduro.
Y en ti, pasado,
y en ti, futuro,
y en ti, volcán hirviente;
y en ti, playa de Oriente
que nunca vi.
Solamente...
¡Ah, solamente
no creo en mí!

(pp. 161-163)

LA DULCE CARGA

Señor,
había esperanzas en mi vida
y ya las di todas, Señor;
todas se me marcharon por la herida
del dolor.

Señor,
había ideales en mi mente
y en mi espíritu soñador;
uno cuajó en un verso hiriente,
otro murió tempranamente
y ya no tengo más ideales,
Señor.

Había zozobras en mi alma:
se fueron ya todas, Señor.
Soy el remanso quieto,
el huerto en calma,
sin un destello ni una flor.

Había riquezas en mi mano:
las esparcí a mi rededor.
Me queda un hogar franciscano
y nada más, Señor.

Había odios y rencillas
arañándome el corazón.
Todos los he devuelto, y las astillas
que me clavaron a traición.
Ya no tengo más odios, Señor.

En mí hay un mundo de ternura
y un universo de fervor,
pero la inmensa carga es dura
para mí sola, Señor.
Señálame un ánfora pura
donde verter todo este amor...

(pp. 168-169)

Paisajes y meditaciones

(1933)

CANTO NUEVO

Canto nuevo
de la mañana nueva;
página fresca
tímidamente abierta.
Luz tierna y blanca.
¡Pura claridad innúbil
de la mañana!
¡Ah, quién pudiera
este sabor de aurora
dárselo al alma!

(p. 5)

LLUVIA

Dedos de cristal hilado
palpan a la tarde fría.
Dedos de cristal hilado
rasgan niebla de agonía.

Palideces y nostalgias...
En la página del día,
dedos de cristal dibujan
rutas de melancolía.

(p. 37)

EL ÁRBOL Y LA COLINA

Sobre mí tu gran sombra se reclina,
¡maravillosa sombra de la verde colina!
Espuma de matices es tu sombra,
tan sutil y tan vaga que apenas si me alfombra.
Pero cuando el sol gira, dulcemente me llega,
y mis hojas palpitan con un temblor de entrega;
y, como despertada por su caricia sabia,
en el seno del tronco se estremece mi savia.
No está en mí primavera, ni en mí el invierno aleve:
me lo trae por reflejo tu perfume o tu nieve.
Es mi frío, tu frío, que en mi ser se compendia,
y mi fuego es tu fuego, que las ramas me incendia,
y del que brota a veces un tardío retoño
en el rojo misterio de un ocaso de otoño.
La hora suave y serena, la hora blanda y propicia
suena también al mismo ritmo de tu caricia,
y entonces mi alma es alta, no porque el sol la alumbra,
mas porque la hace inmensa la paz de tu penumbra.

(p. 41)

CULTO INTERIOR

A fuerza de sembrarte en el espíritu
florecerás Dios sabe en qué Universo...

El nombre inmóvil brotará algún día
de su tierra fecunda de silencio.
Y habrá otra estrella más bordando de oro
la túnica ligera de los cielos,
otra luz en la noche de los siglos,
otra aurora en la sombra de los tiempos.

Esencia destilada poco a poco
del íntimo fervor hecho tormento,
serás una molécula de aroma
recogida en el vaso de lo Cierto.
Nombre interior, dormido en el mutismo,
cuando despiertes, ¿qué nocturno inquieto
o qué día claro medirá tu ritmo
y acordará las notas de tu eco?

Ahora estás en mi espíritu encerrado
cual puede estarlo un cuerpo en otro cuerpo.
Yo, que no sé en qué mundo he de verterte
cuando rompas mi abrazo de silencio,
sé que vas a una vida que perdura
porque naciste de un temblor eterno.
Y espero verte subrayar la noche
con tu rubio fulgor, lucero nuevo,
sintiendo tus raíces luminosas
desprenderse del surco de mi seno.

A fuerza de sembrarte en el espíritu
florecerás Dios sabe en qué Universo...

(pp. 65-66)

EL MOMENTO INFINITO

Breve momento de ligeras alas
amasado con claras partículas de sol,
me has dado a beber —jugo de exprimidos anhelos—
la más maravillosa, más honda sensación.

Toda esta vida, y otra,
y mil vidas
apenas sospechadas
y apenas definidas
me has dado concentradas.
Esta vida y mil vidas.

... Y esto solo es vivir.
Esta consciencia
del alma que de pronto se detiene
y mira dentro de ella.
Consciencia vertical,
cortante recta
sin la curva sinuosa del enigma
ni el ángulo inicial de la inocencia.

Breve, breve momento...
Y todo lo que he sido
he sido entonces.
Ayer y hoy enlazados
en un cruce, al borde al silencio.
Instante de resumen,
sinopsis y compendio.

Pregunté y pregunté...
Durante toda una vida
—consciente— he preguntado.
(Curiosidad se llama este pecado
de ir más allá de sí).
Y luego, ahora, en un breve
minuto insospechado,

el misterio desnúdase de velos
y aparece —milagro— revelado.

La lucidez se irá. Ya tornaremos
a ser en el presente sujetados.
Rotos serán los puentes y los lazos
de unión entre el mañana
y el pasado.
Y estaremos de nuevo solos, solos,
y de nosotros mismos olvidados.
Pero el breve momento
en que hemos «sido»
será como un cometa solitario
en un cielo cerrado a toda estrella
sobre un océano hostil a todo barco.

¡Ah, otro breve momento que valiera
una vida de siglos apagados!

(pp. 73-75)

Poemas mediterráneos

(1949)

NOCTURNO QUINTO

Palabra que nunca has dicho,
palabra que ha de incubar
en tus silencios de sombra
resonancias de cristal,
cuando esta noche la digas,
de fijo que crecerá
—bomba de jabón melódica,
ilusión de realidad—
y estallará en luz de estrellas
o en blanca espuma de mar
llenando de ecos remotos
nuestra hora de arena y sal.
La comba del horizonte
muy pronto se quebrará
en cada sílaba enhiesta,
en cada curvo aspirar,
y clavará sus aristas
en la azul inmensidad
del mar, borracho de cielo,
del cielo, loco de mar.
¡Lo que tú digas, ya nunca,
ya nadie más lo dirá!
Vamos a enterrarlo juntos
en la sima fantasmal
de lo que no ha sido, siendo,
y, siendo, nunca será.
Dígalo tu voz ahora;
luego, te podrás callar
para siempre, en este instante
que es toda la eternidad.

(pp. 24-25)

NOCTURNO SEXTO

Lejanía del mar. Y siempre lejanía.
¿Soy yo, ante ti, forma, plasticidad,
viva arquitectura de mi verbo,
en el que existo?
¿O eres tú
quien me da los contornos
de mi voz, de mi angustia,
de mis múltiples ecos,
de mí misma?
Yo en ti navego, y tú
te tiendes en mis playas
a bañarme de espumas siempre vivas.
Con qué atroz claridad de claridades
me das mi dimensión,
mi lejanía,
mis límites, quebrados arenales,
mis ficciones de estrellas encendidas.

Horizonte clavado en mi horizonte,
mar sobre mar
y orilla sobre orilla.
Espejo de mi ritmo, reflejado
movimiento de mí, latir unísono,
sucesión uno y otro de sí mismo.
Ir y venir de transitorias olas,
mediodías, crepúsculos, esquivos
plenilunios magnéticos...
Abismos.
Yo bogando por ti,
tú por mis mares,
¡qué noche proyectada al infinito!
No. Nunca más soñar como he soñado.
No. Nunca más querer como he querido...
Y este pulso de amor ¿dónde lo vierto?
Y este sueño de ser ¿dónde lo vivo?

(pp. 26-27)

SIESTA DEL PAISAJE

Máxima de calor. Alto verano.
Seca inercia del aire. Luz enhiesta.
El paisaje, en las fiebres de su siesta,
lo mismo que otro fauno mallarmeano.

Huerta tendiendo al mar su verde mano,
cielo tendiendo al día su azul de fiesta.
Un rojizo fulgor en cada cresta
de árido monte o de pinar lozano.

Taquicardia de la hora. El tiempo ahorca
el pulmón de la tarde ya nacida
que apresa el sol con su ardorosa ajorca.

Y un olor a resina enfebrecida
y a algas calientes brota de Mallorca
en su siesta sensual estremecida.

(p. 32)

LA ISLA

Mi verso es el corcel de tu alegría
cabalgando este instante isla, mar, monte.
Si abarco el labio azul de tu horizonte,
el mirar se me torna poesía.

Isla, mar, monte... Cielo. Vierte el día
zumo de vid celeste. ¡Oh tierra, ponte
a empapar este jugo que a Anacreonte,
lírico fauno, le delectaría!

¡Qué estallar de oro y sangre en las orillas
a la puesta del sol! ¡Qué azules mares
se te entregan, ardiendo, de rodillas,

mientras ciñen, a modo de collares,
tu garganta de playas amarillas
con espumas de encajes baleares!

(p. 36)

CANCIÓN DE MARINERO EN EL DÍA

¡Que se quiete ese laurel,
que lo voy a deshojar!
Lirio, tápate la cara,
desmáyate tú, rosal.
Vengo borracho de yodo,
y de velas, y de sal.
¡Que no me valga la tierra
lo que me ha valido el mar!

Vena henchida de esmeraldas,
sangre de joven temblar,
con eco de caracolas
y un acento de alquitrán,
¡traigo el corazón mecido
en cuna de pleamar!
Con combas de algas calientes
voy a ponerme a saltar
como entre rabo y cabeza
de un culebrón tropical.

El remo vale tu tronco,
bosque de verde piar,
y tú no tienes la risa
de la espuma de cristal
ni cuencas de arena tibia
donde a desnudarse van
olas de lomo pintado
como plumas de faisán.
Ni quiero brisa de nieve
ni quiero sol de zaguán.
¡Enciéndame un faro rojo
donde haya un pulso de mar!

(pp. 41-42)